

## La construcción del cuerpo en el individuo romano: *dehonestamentum corporis* / *morbus corporis* en *Noctes Atticae* de Aulo Gelio

Florencia Gabriela Cattán

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

### Resumen

La literatura latina del siglo II d. C. sufrió transformaciones importantes en relación a sus precedentes sobre todo en concepciones vinculadas a los valores culturales y educativos. En algunos conceptos centrales como la *humanitas* y *curiositas* se aprecia el modo en que, a partir de nuevas vías de acceso al conocimiento y de la ampliación de la instrucción formal, se (re)produce el saber.

En esta coyuntura nos interesa trabajar con la figura del enunciador, identificado con Aulo Gelio, en torno al establecimiento de una definición del propio cuerpo a partir de la alteridad. En particular indagaremos en la cuestión de qué se entiende por *dehonestamentus corporis* como un mal contrario a la naturaleza que degrada y se contagia, y qué por *morbus corporis* como impedimentos perpetuos. En relación a los capítulos específicos que dan cuenta de estas cuestiones en *Noctes Atticae*, se hará hincapié en el uso y la función de la metáfora como recurso para nombrar y delimitar la construcción de la corporeidad romana y como procedimiento que revela los valores negativos asociados a lo que está al margen de dicho dispositivo que en última instancia se fundamentan en un resguardo de la identidad de la sociedad romana imperial.

El análisis de la literatura latina del período tardío, cuando el Imperio ya está consolidado, implica pensar la actividad literaria grecolatina de un nuevo modo que se descubre como un pasatiempo que da prestigio y distinción social. La erudición se revaloriza y se rescatan conceptos centrales de la época republicana, tales como la *humanitas* que pone en primer plano al hombre como individuo indeterminado y anónimo y que focaliza su interés en los estudios literarios en consonancia con los preceptos de los modelos intelectuales antiguos.

Aulo Gelio, a través de los escritos que recopila en sus *Noches áticas*, erige su rol de escritor como el de un coleccionista que, por medio de sus lecturas interpreta, selecciona y construye un proyecto de instrucción para sus hijos en un gesto alusivo y didáctico en el que no está definido cuál es el objeto de conocimiento. Por otra parte, *Gelio se integra en su propia obra* como un lector más, articulando su autoridad respecto de los saberes por medio de la recopilación de lecciones apropiadas para el deleite del espíritu.

Consideramos que dicho posicionamiento como lector apolítico es un artificio que legitima la representación de determinados contenidos y, simultáneamente, a nuestro parecer, evidencia un afán competitivo en presentar la civilización romana como superior frente a la griega. Al mismo tiempo, en tanto es un representante manifiesto de la ideología de las clases dominantes, su manera de ver y concebir el mundo está condicionada por los valores y principios de la elite. En este sentido es que pensamos que la obra en su conjunto es una simulación de la situación de enseñanza acerca de la identidad cultural y los cánones literarios. No obstante, los saberes que ilustra permiten entrever la intención de inculcar hábitos de lectura y conducta a la manera de aquellos modelos republicanos.

En esta coyuntura nos interesa analizar la labor del enunciador, identificado con Aulo Gelio, el cual, a partir del establecimiento de una definición del propio cuerpo desde la alteridad, tematiza el trabajo del intelectual por medio de metáforas corpóreas.

En el capítulo II del libro IV, Aulo Gelio se propone escribir sobre la diferencia entre *morbus*, es decir enfermedad, y *vitium*, entendido como un defecto o desorden del cuerpo y simultáneamente una cualidad que impide la perfección y, con ello, el éxito. Nos interesa particularmente este sentido de *vitium* y lo desligamos de otros usos del mismo término que remiten a fallas o desviaciones de la conducta o moral de las personas.

En el capítulo que mencionamos, el propósito del enunciador es analizar el valor de la oposición entre *morbus* y *vitium* en un edicto de los ediles que versa sobre la venta de esclavos. Al respecto comenta que, ante la disposición que obliga a colocar carteles que claramente señalen qué enfermedad o defecto aqueja a cada esclavo, los jurisconsultos se preguntaron por la diferencia entre estos dos términos. Gelio cita la definición de Labeón, jurista romano en época de Augusto, quien dice que “*morbus* es un estado de cualquier cuerpo contrario a la naturaleza y que ocasiona un uso defectuoso del mismo.”<sup>1</sup> Entre las enfermedades incluye la ceguera pero no así las dificultades articulatorias y la tartamudez, que son ejemplos de *vitium*. Dice, asimismo, que aquel que “padece un *morbus* padece a la vez un *vitium*; pero no al revés, pues uno puede tener un *vitium* pero no un *morbus*.”<sup>2</sup>

De acuerdo con estas definiciones, Gelio distingue *morbus* como una debilidad pasajera y *vitium* como el equivalente a un defecto que es permanente.

En este sentido nos parece pertinente señalar cuáles son los casos que se atribuyen a enfermedades y cuáles a defectos. Así encontramos, en el capítulo XXVI del libro I, que las pasiones, como la ira, se consideran producto de un malestar pasajero y no algo que afecta al carácter en sí. Es interesante rastrear estos usos puesto que llamativamente el autor, en su afán enciclopedista, incurre en contradicciones respecto de las definiciones que brinda. Cuando en el capítulo XVII del libro I explica el carácter intratable de Jantipa, la esposa de Sócrates, dice que “día y noche hacía gala de la ira y el mal humor propio de las mujeres”.<sup>3</sup> Frente a este inconveniente, los comensales preguntan a Sócrates por qué no la echa de su casa. Las alternativas que contempla el filósofo, lejos de pensar en deshacerse de su esposa, son corregir(la), *tollere*, o soportar(la), *ferre*. Según la definición de *vitium* que nos ilustra Gelio, son defectos aquellos padecimientos que no pueden ser alterados puesto que son incapacidades constantes. Por otra parte la ira, como ya se dijo, no se considera *vitium* sino *morbus*, es decir tratable por ser un mal pasajero. No obstante, Gelio emplea en este caso el término *vitium* para hablar de las pasiones puesto que sigue la opinión que formula Varrón en una sátira menipea respecto de los dilemas que enfrentan los maridos con esposas intratables, cuya sentencia (la de Varrón) concuerda con la respuesta de Sócrates respecto del carácter de su mujer.<sup>4</sup>

Vemos entonces cómo en un pasaje que pretende instruir acerca de los beneficios de la tolerancia de los hombres, el autor, al decir que la ira es un *vitium*, incurre en un contrasentido con las definiciones de *vitium* y *morbus* que él mismo señala y legitima a partir de la cita de autoridad que representa el jurista Labeón.

Retomando el capítulo donde Sócrates se debate entre corregir o soportar a su mujer, Varrón agrega que si los defectos que perjudican a la esposa no se pueden corregir, deben soportarse puesto que esta tolerancia engrandece la honestidad del cónyuge en desmedro de los escándalos que podrían ocasionarse ante la expulsión de la mujer del hogar. En este sentido, me parece pertinente trabajar la cuestión de lo que se entiende por honesto en cuanto a las enfermedades y defectos del cuerpo.

1 IV. 2.3: “*Morbus est habitus cuiusque corporis contra naturam, qui usum eius facit deteriore.*” Se cita el texto latino correspondiente a la edición de Marshall que figura en la bibliografía.

2 IV. 2.5: “(…) *cui morbus est, idem etiam vitiosus est. Neque id tamen contra fit; potest enim qui vitiosus est non morbosus esse.*”

3 I.17.1: “(…) *irarumque et molestiarum muliebrum per diem perque noctem scatebat.*”

4 La obra de Varrón citada en este capítulo, solo se conserva de manera fragmentaria y nos llega por medio de alusiones de otros autores, como en este caso Gelio menciona el pasaje de *Satura Menippea*, *De officio mariti*: “*Vitium uxoris aut tollendum aut ferendum est. Qui tollit vitium, uxorem commodiorem praestat; qui fert, sese meliorem facit.*” (Los defectos de la esposa hay que corregir(los) o bien soportar(los). Quien corrige los defectos consigue una esposa más agradable, quien (los) soporta, se hace mejor a sí mismo.)

En el capítulo XXVII del libro II, vemos un ejemplo de cómo se invierten a simple vista las definiciones de manera tal que se ajusten a los preceptos que intentan transmitirse como parte de ese proyecto cultural.

Gelio cita un pasaje de las *Historias* de Salustio en el que un tribuno militar es herido en la guerra contra los marsos. Señala que el tribuno como consecuencia de la guerra tiene su rostro lleno de cicatrices y un ojo vaciado, *effoso*. El ojo arrancado ilustra la deformidad, en tanto es un defecto constante e irreversible, sin embargo, en este caso, el autor no hablará de *vitium* sino de *dehonestamento*. Al consultar este último término, encontramos que se define como “a source of dishonour or disgrace”,<sup>5</sup> es decir, *dehonestamento corporis* es el equivalente a un cuerpo degradado, deshonrado y/o desfigurado. Pero en esta coyuntura pareciera que hablar de un cuerpo degradado constituye una antilogía puesto que a continuación Salustio dice que el tribuno se paseaba orgulloso de su deformidad. En consecuencia, pareciera que el campo semántico al que remiten los términos *dehonestamentum* y *vitium*, es decir, el de la deshonra por un defecto físico, se ve alterado por el efecto que provoca en el ánimo de quien lo padece. Sin embargo, pese a lo contradictorio del caso, esto es, la inusual y desmesurada reacción del tribuno, se concluye en concebir la falta del ojo y las cicatrices, metáforas de la deshonra del cuerpo, como compensación de la consecuente gloria y honor que ilustra el hecho de que sean heridas de guerra.

En el prefacio, el enunciador anticipa que el material que brindará en la miscelánea que compone la obra ha sido seleccionado a fin de que resulte provechoso para el lector. En algunos casos hará uso de su conocimiento de la lengua griega para facilitar el acceso, por medio de traducciones, a determinadas fuentes que de otro modo podrían resultar inaccesibles. En el libro XII, se expone una larga disertación en la que este rol “pedagógico” se vislumbra con toda claridad. En los distintos apartados, el mismo Gelio cita textualmente lo que oye decir a su maestro Favorino respecto de la importancia de la alimentación de los niños en sus primeros momentos de vida. En primer lugar, es interesante señalar que en este asunto se verá un énfasis poco habitual en la materia que se juzga. Creemos que no inocentemente la figura de Gelio parece esfumarse durante la polémica en la que Favorino debate acerca de estos temas con un interlocutor femenino que ofrece el punto de vista contrario. El filósofo se muestra indignado porque la mujer de uno de sus alumnos, que pertenece a una familia senatorial, se excusa de amamantar al recién nacido alegando sentirse dolorida y exhausta por el parto.

Este hecho motiva la conversación en la que el filósofo sostiene que así como en el útero la madre alimenta al niño con su sangre, del mismo modo es ella quien deberá amamantarlo una vez nacido. De esta primera consideración, el filósofo argumentará que así como la sangre modela el cuerpo en el útero, una vez que se encuentra próximo al parto, esa misma sangre “asciende a la parte superior del cuerpo para proporcionar los rudimentos vitales y ofrecer al recién nacido un alimento que le resulta conocido y familiar”.<sup>6</sup>

Esta primera metáfora, a nivel de los conceptos, establece que la leche es la sangre. En una segunda instancia, Favorino dice que así como la fuerza y la naturaleza (*vis et natura*) del semen modela la semejanza entre el cuerpo y el alma, las cualidades naturales y la propiedad (*ingenia et proprietates*) de la leche materna tienen la misma finalidad. Por medio de la analogía con corderos que alimentados con leche de cabra ven disminuida la calidad de su lana, es posible conjeturar el motivo de tanta indignación en el filósofo (o bien en Gelio) ante esas madres que no amamantan a sus recién nacidos cuando explícitamente sostiene que la nobleza del niño se ve corrompida por una sangre ajena. Pero no se trata simplemente de la sangre de

5 Glare, P. G. W. (ed.). 2006. *Oxford Latin Dictionary*. Oxford, Clarendon Press, pp. 505.

6 XII.1.13: “(…) adventante iam partus tempore in supernas se partis perfert, ad fovenda vitae atque lucis rudimenta praesto est et recens natis notum et familiarem victum offert”

un tercero. Metonímicamente, dicha sangre es calificada como esclava, bárbara, extranjera y además inmoral, *inproba*, deforme, *informis*, desvergonzada, *inprudica* o borracha, *temulenta*. La vehemencia con la que se describen estas cualidades nos exige analizar un poco más en detalle qué es lo que se está diciendo por medio de tanto artificio retórico. Ya señalamos en una primera aproximación que de los enunciados de Favorino se deduce que la leche es sangre y en una segunda instancia, se nos instruye en que el semen y la leche materna modelan de manera semejante el cuerpo y alma del nuevo integrante.

Creemos que sería ingenuo pensar que un autor versado como es Aulo Gelio, expone de manera llamativamente extensa un tratado acerca de la corrupción de la aristocracia, solo para cuestionar el hábito de delegar en las nodrizas o esclavas la nutrición de los infantes. El argumento de la contaminación de la sangre podría estar remitiendo a una cuestión de pureza en la que por medio de la alusión al alimento da lugar al debate en la preparación y conformación de los miembros de la elite.

Si observamos el pasaje un poco más en detalle veremos que Gelio ve un defecto de formación en el hecho de que un niño noble sea amamantado por una nodriza de condición servil, y construye su argumentación generando un efecto de sentido en el que aquellos hijos de ilustres, cuyos cuerpos y almas están modelados a semejanza de sus progenitores, podrían perderse a causa de la alimentación, lo cual, leído en estos términos, parece influir en valores como la *virtus*. En este punto seguimos a Keulen (2009) quien sostiene que el verdadero artificio que se trabaja en este apartado es la imaginería vinculada al acto de educar. Es interesante destacar que a lo largo de la obra, esta concepción se anticipa ya desde el prefacio, cuando Gelio cuenta cómo llegó a reunir el material de la obra y dice que guardaba todas aquellas cosas dignas de recuerdo como si se tratara de *penus litterarum*, es decir “alimento literario”.

En este sentido, el amamantar en sentido físico se desplaza a un sentido moral en el que lo que se transmite, la leche, es alimento pero, a la manera en que Gelio concibe su propia obra, es alimento de valores asociados a la clase dominante. De este modo, la leche es una metáfora por el acto de educar. Por extensión, el acto de amamantar es considerado “la más sagrada fuente del cuerpo, que nutre, alimenta al género humano”,<sup>7</sup> y aquí Gelio, traduce de la lengua griega en que se expresa Favorino, empleando el sustantivo derivado del verbo *educō*, *educator*. Amamantar, en consecuencia, es tener a cargo la educación de un niño, es decir, enseñar.

Si lo leemos en términos políticos, el acto de nutrir devenido acto de formación y adoctrinamiento del nuevo integrante de la elite, ya no nos resulta tan inocente ni exacerbado en su miedo a la corrupción de las almas, puesto que en definitiva lo que se está rescatando es la importancia no solo del ser que se constituye sino también de aquel que lo adoctrina. Si se asume que quien nutre es quien enseña, esas madres de buena familia quedarían relegadas de su lugar legítimo de maestras. De este modo, la nobleza en su conjunto resulta estar en peligro si quien enseña es un ser corrompido. En este aspecto resultan, a la luz del proyecto pedagógico-cultural del autor, más coherentes los epítetos asociados a la esclava que amamanta al niño y los riesgos que determina que sea de condición servil, bárbara, extranjera, inmoral, deforme, desvergonzada, o borracha. En un contexto social en el que lo que se está poniendo en tela de juicio es la condición de posibilidad y continuidad de una identidad común forjada a través de valores, no son menores los términos empleados. Si volvemos sobre el prefacio recordamos que, además de brindar lecturas que aporten el placer de una “honeste erudición” (*Praef.* 12.7), el autor se propone “librar de una ignorancia infame y agreste/grosera”.<sup>8</sup>

7 XII. 1.8: “( . . . ) mulieres fontem illum sanctissimum corporis, generis humani educatorem, arefacere et extinguere ( . . . )”.

8 *Praef.* 10, 11 “( . . . ) turpi certe agrestique rerum atque verborum imperitia vindicarent.”

Vemos una última coincidencia en el hecho de que Gelio se erija como autoridad educativa en el seno familiar, puesto que la obra está dirigida a sus propios hijos, al igual que el alimento materno da forma a la moral del niño.

Es interesante leer en términos de coordenadas políticas estos ejemplos puesto que es en este dispositivo “pedagógico” que subyacen las partes del contrato social que aseguran la pervivencia de su propia forma de ver el mundo en consonancia con sus pares. En este sentido, el trabajo que el autor realiza en el establecimiento de la construcción de esa *romanitas* derivada de aquella *humanitas*, se produce por medio de un artificio retórico en donde las metáforas corporales cobran especial importancia en tanto proceso de simbolización en el cual las correspondencias se valoran en términos de honesto o infame, enfermo o deforme, y en esta polaridad suponen un constructo cultural previamente delimitado, en donde cada acto concreto remite a una tipología sostenida de vicios y virtudes. El rechazo o desplazamiento de esos patrones de conducta son los que excluyen al *vir romanus* de ese círculo erudito.

Para concluir podemos decir que ese destinatario sobre el cual simula proyectarse el enunciador se concibe como un *vir romanus* que por estar en proceso de formación es adoctrinado respecto de los valores de la sociedad que encarna a través de ejemplos y contraejemplos, de usos e interpretaciones, como en la consideración acerca de lo que se considera *morbis*, o bien *vitium*, y cuándo un estado o acto es perjudicial para la constitución del *vir*; como el caso del tribuno en las *Historias* de Salustio. Es notable el rol dinámico que el mismo enunciador adopta al moldear los contenidos previamente seleccionados. Su tarea conlleva una elección deliberada en la que cada término tiene su debido sentido figurado en correspondencia con los valores de la sociedad imperial.

En el uso de las metáforas corpóreas, como vimos en la disertación de Favorino, la forma humana deviene símbolo de una cultura que lee en los cuerpos, y decodifica en los mismos el lenguaje moral que se opone a una alteridad que atenta contra la integridad de ese colectivo romano.

## Bibliografía

### Ediciones

*Auli Gellii Noctes Atticae*. 1968. Marshall, P. K. (ed.). Oxford.

### Estudios

Anderson, G. 2004. “Aulus Gellius as a Storyteller”, en Holdford-Strevens, L. y Vardi, A. (eds.), pp. 105-117.

Holdford-Strevens, L. y Vardi, A. (eds.). 2004. *The Worlds of Aulus Gellius*. Oxford.

Keulen, W. 2009. *Gellius the Satirist—Roman Cultural Authority in Attic Nights*. Brill

Morgan, T. 2004. “Educational Values”, en Holdford-Strevens, L. y Vardi, A. (eds.), pp. 187-205.

### Bibliografía de consulta

Glare, P. G. W. (ed.). 2006. *Oxford Latin Dictionary*. Oxford, Clarendon Press.

Maltby, R. (ed.). 1991. *A Lexicon of Ancient Latin Etimologies*. Redwood Press.

**CV**

FLORENCIA CATTÁN ES ESTUDIANTE DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UBA EN LA CARRERA DE LETRAS (ORIENTACIÓN EN CLÁSICAS). DESDE 2010 PARTICIPA DEL PROYECTO UBACyT – F004 (2008-2010) “METÁFORAS DEL CUERPO Y EL CUERPO COMO METÁFORA EN LA LITERATURA Y EL ARTE DE ROMA” EN EL CUAL TRABAJA LA OBRA DE AULO GELIO, NOCTES ATTICAE, EN CARÁCTER DE INVESTIGADOR ESTUDIANTE.